los elementos de la naturaleza. En el primer eslabon de esas cadenas poderosas del movimiento y de la vida encontramos, palpamos, en cierto modo, la mano de Dios, y subyugado el espíritu humano por la claridad de una evidencia irresistible, se humilla y se confunde en un sentimiento indecible de reconocimiento y adoracion, ante la vision á la par formidable, y paternal del poder, de la inteligencia y de la bondad divinas.

BIBLIOTECA CENTRAL

CAPITULO XII.

EL POSITIVISMO Y LAS LEYES DE LA MORAL.

Carácter absoluto y universal de la ley moral.—Incompatibilidad absoluta del positivismo y de la ley moral.—Fatalismo positivista.—Consecuencias lógicas del fatalismo.—Contradicciones de los positivistas.—A pesar de negar la base y la condicion esencial de toda moral, no se atreven á negar abiertamente las reglas mismas de la moral.—La sancion moral.—El mal físico, ó el dolor.—Relacion de estos hechos con la cuestion de Dios.—Conclusion.

La ley moral es Dios mismo hablando perpetuamente á nuestra alma. Sean cuales fueren los deliquios de la razon especulativa, la ley del deber, mejor dicho, la voz de Dios en el hombre no deja por eso de resonar en el fondo de la ra-

nario; (1) que la materia es la única realidad; (2) que la libertad no es mas que una *forma de la actividad cerebral;* [3] que los *instintos altruistas* son la base de la moral; (4) que un buen *pensamiento* equivale á una *buena accion;* (5) que el hombre *santifica* aquello que creé; (6) que el *ideal moral varia* con las circunstancias que lo *modifican*; que la humanidad lo ha hecho todo y *todo bien hecho;* [7] que la conciencia no es más que un *mecanismo muy sencillo* que desarma el análisis *como un resorte*; (8) que el hombre es un *teorema* que anda; (9) que la virtud humana tiene por materiales á los instintos y á las *imágenes animales;* (10) que la sostienen y la *dominan* las fuerzas inferios y sencillas, que tan pronto la contienen por su armonía, como la desbara-

---

[1] Havet.
[2] Littre.
(3) Id.
(4) Renan.
(5) Id.
[6] Taine.
(7) Renan.
[8] Taine.
(9) Id.
[10] Id.

tan por su desconcierto; [1] que los movimientos del *autómata espiritual* están tan arreglados como los del mundo material; (2) que la virtud y el vicio son productos, como el azúcar y el vitriolo; [3] que para los pensadores modernos no hay ya *moral*, sino costumbres; ni *principios*, sino hechos; (4) Volved la página en la que estas máximas os sorprenden y escandalizan, y vereis á Renan que os dice: "La moral es por excelencia el asunto más serio y verdadero. El bien es el bien; y el mal es el mal; y leereis elocuentes consideraciones sobre la santidad del deber, sobre el desinterés de la virtud, sobre la abnegacion en favor de la cosa pública, sobre el sacrificio de los intereses á la causa santa de la humanidad; en una palabra, sobre los deberes y las virtudes que son del resorte de la moral humana y que han inspirado algunas de sus más bellas páginas á Platon, Ciceron, Séneca, y Marco-Aurelio.

Si esto no es un simple artificio retórico, si no es puramente una concesion hecha al sentido

---

(1) Id.
(2) Id.
[3] Id. *Histoire de la litterature Anylaise.*
(4) Scherer

BIBLIOTECA CENTRAL

comun y á la conciencia del género humano; si realmente hay allí, como lo creemos, un grito del corazon, un movimiento espontáneo del sentido moral, una conviccion íntima y profunda de la conciencia. ¿Qué cosa es, pregunto, sino la repudiacion categórica del dogma de la fatalidad, y, por consiguiente, una afirmacion solemne de la libertad humana, de esa responsabilidad moral, de esa ley absoluta de justicia, por tanto, de ese poder soberano, inteligente, consciente, personal y libre, sin el cual todo, en el cielo como en la tierra, quedaria sometido á la ley *obligatoria* de la fatalidad? ¿Qué cosa es más que un acto de fé implícita en el Dios que su sistema niega? ¿Qué cosa, en una palabra, más que la confesion del triunfo absoluto de Dios sobre el hombre, por la imposibilidad absoluta en que estamos de negarlo?

¿Hay, en efecto, entre nuestros adversarios, uno solo que se atreva, en alta voz, á decir: "Niego la libertad, niego la justicia, el deber, la responsabilidad de nuestras acciones?" No, ni uno solo hay que tuviera la triste osadia de rechazar estas grandes y santas cosas. Pues bien, nos basta con esta confesion y les diremos: "Vuestro corazon rechaza vuestro sistema, y en nombre de la libertad y de la virtud, la conciencia os impo-

BIBLIOTECA CENTRAL

ne, mal que os pese, un acto de fé solemne en el Dios que negais."

Mas aún. ¿Habrá alguno que se atreva á negar que merece la virtud un premio y que el crímen es acreedor á un castigo? ¿Uno solo que se atreva á contradecir la legitimidad de las leyes penales, la necesidad de las magistraturas, la santidad de los tribunales? No, y la ley de la sancion moral es tan imperiosa como la de la justicia. ó más bien, es la misma ley de la justicia. No, no hay ecuasion algebraica que se imponga á la razon con tan clara evidencia, como esta ecuasion moral que une, con lazo indisoluble, á la recompensa con la virtud, al castigo con el crímen. Pues bien, que se nos conteste. ¿Se ha mantenido esta ecuacion al través del drama borrascoso de nuestros destinos sociales? ¿No se ha roto nunca el equilibrio de la justicia? ¿Nunca se ha conmovido hasta en sus cimientos la ley de la sancion, base del órden moral y social?

¿Queremos saberlo? Pues oigamos las voces que se dirigen hácia nosotros de todos los puntos del espacio y del tiempo. ¿Qué nos dicen esas multitudes desgraciadas, encorvados tan á menudo y durante siglos bajo la sangrienta vara del orgullo, de la arbitrariedad y de la inhumanidad? ¿Qué nos enseñan esos millones de

zon moral. Y tal es la soberanía de esta ley, tal el brillo de su carácter sobrenatural y divino, que el escepticismo de Kant, tan implacable en todo lo demás, se ha inclinado vencido y destrozado, ante esta íntima y todopoderosa manifestacion de Dios en la conciencia.

Si hay en efecto una ley que se mantenga en pié, siempre imperiosa, siempre inmutable, á pesar de las más tumultuosas pasiones y de los más desenfrenados crímines, es sin duda alguna, la que afirma que existe una diferencia absoluta entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto; la que nos impone la obligacion absoluta de obrar el bien y de evitar el mal; la que reconoce un mérito intrínseco, esencial, inalienable, á toda accion moralmente buena, é imprime el estigma de una reprobacion invariable sobre todo acto inmoral y vergonzoso; por último, la que establece un lazo indisoluble, entre la recompensa y la virtud, entre el castigo y el crímen.

Pregúntese á cualquiera si se debe aprobar, admirar y amar á la verdad ó á la mentira, á la lealtad ó á la hipocresía, á la fidelidad del juramento ó al perjuro, á la humanidad ó á la crueldad, á la abnegacion ó al egoismo, á la justicia ó á la injusticia, al respeto á la propiedad ó al robo, al respeto á la vida ó al asesinato, al respeto á los padres ó al parricidio, al respeto á sí mismo ó al culto de los goces viles, á las santas leyes de la honra, ó á los procederes detestables de la infamia, á las inspiraciones generosas de la abnegacion ó á los cálculos egoistas de la tiranía, al sacrificio de sí propio ó al de los demas en favor de uno mismo; en una palabra, á las maldades que pueblan nuestros presidios, ó á las virtudes que veneramos sobre nuestros altares. Oigase el testimonio de los siglos y la voz de la propia conciencia. Consúltese aún á los mismos inícuos y perversos; por do quiera se escuchará la misma respuesta. El crímen indudablemente seguirá siendo crímen; pero en todas partes hablará el lenguaje de la virtud, y en ninguno, me atrevo á decirlo, me parece más brillante y soberana la ley de la conciencia, que sobre la careta vengadora que impone, como protesta y como castigo, á todos los que le prodigan los ultrages de su infidelidad y de su rebelion.

Por más esfuerzos que hagan los sectarios, ya del ateismo *positivista* ya del *panteista*, ya de cualquiera otro; á pesar de sus denegaciones y reticencias, ésta gran ley de que acabamos de hablar, desaparece por completo en la lógica de sus sistemas. En efecto, sin un Dios personal y libre, no hay libertad; sin libertad no hay obli-

BIBLIOTECA CENTRAL

gacion, ni responsabilidad moral; sin libertad ni responsabilidad morales no hay moral. Más facilmente se concebiria un triángulo sin sus tres lados, que una de estas ideas sin las otras dos. Las une un lazo absoluto, y solo la demencia puede revelarse contra esta divina geometría de los hechos y de las verdades. Niégese al Dios personal y vivo, al Dios *consciente y libre*, al Dios perfecto é infinito y no quedan más que las fuerzas ciegas, necesarias é impotentes de la naturaleza; el fatalismo inexorable que sujeta á su dominio, ya á la sustancia impersonal de los panteistas, ya á los átomos primitivos del positivismo; no queda más que el inflexible mecanismo de la materia inorgánica ó el juego automático de la materia organizada. Desde ese momento, no es el alma sino una *resultante de la materia* (1). La volicion no es más que un *fenómeno activo del encéfalo* (2). El acto libre es el *resultado de la actividad* PREPONDERANTE *de tal ó cual funcion cerebral distinta* de aquella *que lo ha* DOMINADO (3).

(1) RENAN De l'Ecole Spiritualiste (Revue des deux Mondes. Abril 1858.)

(2) LITTRE *Dict* art. *Volition.*

[3] *Ibid Libre arbitre.*

El espíritu es *una máquina tan matemáticamente construida como un reloj. La impulsion dada nos* ARRASTRA; *caminamos* IRRESISTIBLEMENTE *sobre la vía trazada y el* AUTÓMATA *espiritual que constituye nuestro ser no se detiene sino para estrellarse* [1]. La antigua hipótesis de *dos sustancias reunidas para formar al hombre* no es *cierta sino cuando se la entiende de dos órdenes de fenómenos; es* FALSA *si se la entiende de un* NUEVO SER.... *que viene á unirse al embrion* (2). En una palabra, *las fuerzas que gobiernan al hombre son* SEMEJANTES *á las que rigen á la naturaleza* (3).

Desde entonces no hay Dios, ni sustancia espiritual, ni voluntad libre, y por consiguiente, ni ley absoluta de la justicia; no hay egislador del órden moral, ni renumerador infalible de la virtud, ni vengador seguro del crímen, ni sancion cierta y adecuada del bien y del mal. ¡Se me habla de deberes, y no soy mas que un *autómata irresistiblemente* arrastrad ! Se me habla de responsabilidad moral, y las *fuerzas* que me *gobiernan* son *semejantes* á las que *rigen á la natu-*

[1] TAINE: *Essais de critique*, p. 339.

[2] RENAN: *Revue des deux Mondes*, p. 504.

(3) TAINE: Les philos. du XIXe siecle.

BIBLIOTECA CENTRAL

raleza! Se pretende que me canse practicando la virtud, que me esfuerze en huir del vicio, y se tiene cuidado de enseñarme, que no soy mas que un aparato de materia organizada, que mi alma no es sino la *resultante* de este aparato, y que esta resultante se desvanecerá, cuando mi *organismo* se disuelva? ¿Pero por qué no proclaman, con tan justos títulos, la libertad de la roca que se derumba, la responsabilidad del huracan desencadenado, el deber y la obligacion de un temblor que sepulta ciudades enteras. ¿Por qué no recomendar la moderacion á la república de los carnívoros y predicar el respeto de la vida á las plantas venenosas?

¿Qué nos importa que los resortes sean poco más ó poco ménos delicados? La ley es la misma; nos arrastra *irresistiblemente* como á todo el resto de la naturaleza. ¿Qué cosa es esto, pues, sino el reinado de la servidumbre universal bajo el cetro de la fatalidad? ¿Y quereis mantenernos el privilegio, ó más bien, imponernos, por añadidura, la obediencia á la ley moral? ¿Lógicos inconsecuentes, no veis que el autómata humano se revela contra la locura de semejante pretension? ¿Que rechaza con desden ese aristocrático privilegio que habeis abolido? ¿Que os pide en

nombre de vuestros propios principios, no le hableis ya de un idioma que ha dejado de comprender?

¿Quereis hablarle en otro que comprenda? Suprimid esas legislaciones civiles y políticas que protestan contra el régimen de la fatalidad; esos castigos que solo hieren crímenes imaginarios; abolid esos tribunales que no condenan mas que á inocentes ó á mártires? ¿Habeis olvidado, por ventura, que el autómata humano hace irresistiblemente lo que hace? ¿Qué sus actos están tan *matemáticamente arreglados* como los de un reloj? ¿Qué los crímenes más abominables, ó lo que os agrada denominar así, son tan inevitables en los casos en que se producen, como lo serian en otros casos, la explosion de un polvorin, el descarrilamiento de una locomotora, el choque del rayo, el naufragio de un buque, la tritura-cion de un yerba bajo el pié que la pisa? ¿Habeis olvidado que todos los actos de nuestra vida son otros tantos eslabones de una cadena forjada por la necesidad? Decretad, pues, la responsabilidad moral de los mecanismos que pueblan los talleres de la industria, ó suprimid la del *autómata* humano que funciona tan fatalmente como esas máquinas. ¿Retrocedeis ante esta conclusion? ¡Pero si es el fondo mismo de vuestro principio;

BIBLIOTECA CENTRAL

Se adhiere á vuestro sistema como la vengadora túnica de que habla la fábula se adheria al cuerpo del semidios. No quereis tan importuno vestido, demasiado lo sabemos. Pero esperemos el fin de la lucha. A pesar de vuestros esfuerzos veremos quién triunfa, si la túnica ó el semidios.

No; necesario es repetirlo á voz en cuello. Bajo el peso de semejante sistema todas las grandezas morales se hunden, sin remedio, en los abismos de la materia. Lo que resuena del uno al otro polo de la existencia, es el medio lúgubre, monótono, perpétuo de la fuerza. Lo que domina y devora á todas las cosas, es el flujo y reflujo de las corrientes de la materia y de la necesidad. Si algun bien quedase, no será ya la virtud, sino el placer, el goce; si algun mal, no será tampoco el vicio, ni el crímen, sino la pena y el dolor; si alguna ley, será la del interés; si un derecho, será el de la tiranía ó el del más fuerte; si algun deber, por último, será el de inmolarlo todo, hasta donde fuere posible, á las propias conveniencias y deseos. En suma, si aun quedare alguna moral, será aquella, en virtud de la cual vemos el avalanche aplastando á un pueblo de los Alpes, al Océano absorbiendo los tesoros y la vida de los hombres; al tigre despedazando su presa, al zorro sorprendiendo su víc-

tima, al buitre llevando al gorrion; á un político de la escuela de Maquiavello estudiando sus cínicas combinaciones; á un Domiciano gozándose en la agonía de los ajusticiados, y en el curso de los siglos, á un autómata asiático, lavando sus manos en la sangre y en las lágrimas de todo un pueblo.

Aquí es, sin la menor duda, aquí donde se revela toda la impotencia y toda la nulidad de la doctrina que combatimos. El ateismo no se atreve á aceptar ni el programa, ni las consecuencias, de esa moral cuyo principio ha fundado. Ese no sé qué divino que Dios depositó en el fondo de la conciencia y que nada basta para arrancar de allí, se subleva contra este código de la anarquía y de la fuerza. Y hasta en las estremas aberraciones del pensamiento, el hombre proclama, en nombre del deber, al Dios que el sofista niega.

Urgidos por la lógica de su sistema, y por las repugnancias del sentido moral, formulan alternativamente los positivistas las más corruptoras máximas de un refinado epicureismo y las más pomposas frases de un estoicismo rígido y altanero. Leed determinada página de sus escritos, y os dirán que Dios no es mas que un sér *imagi-*

BIBLIOTECA CENTRAL